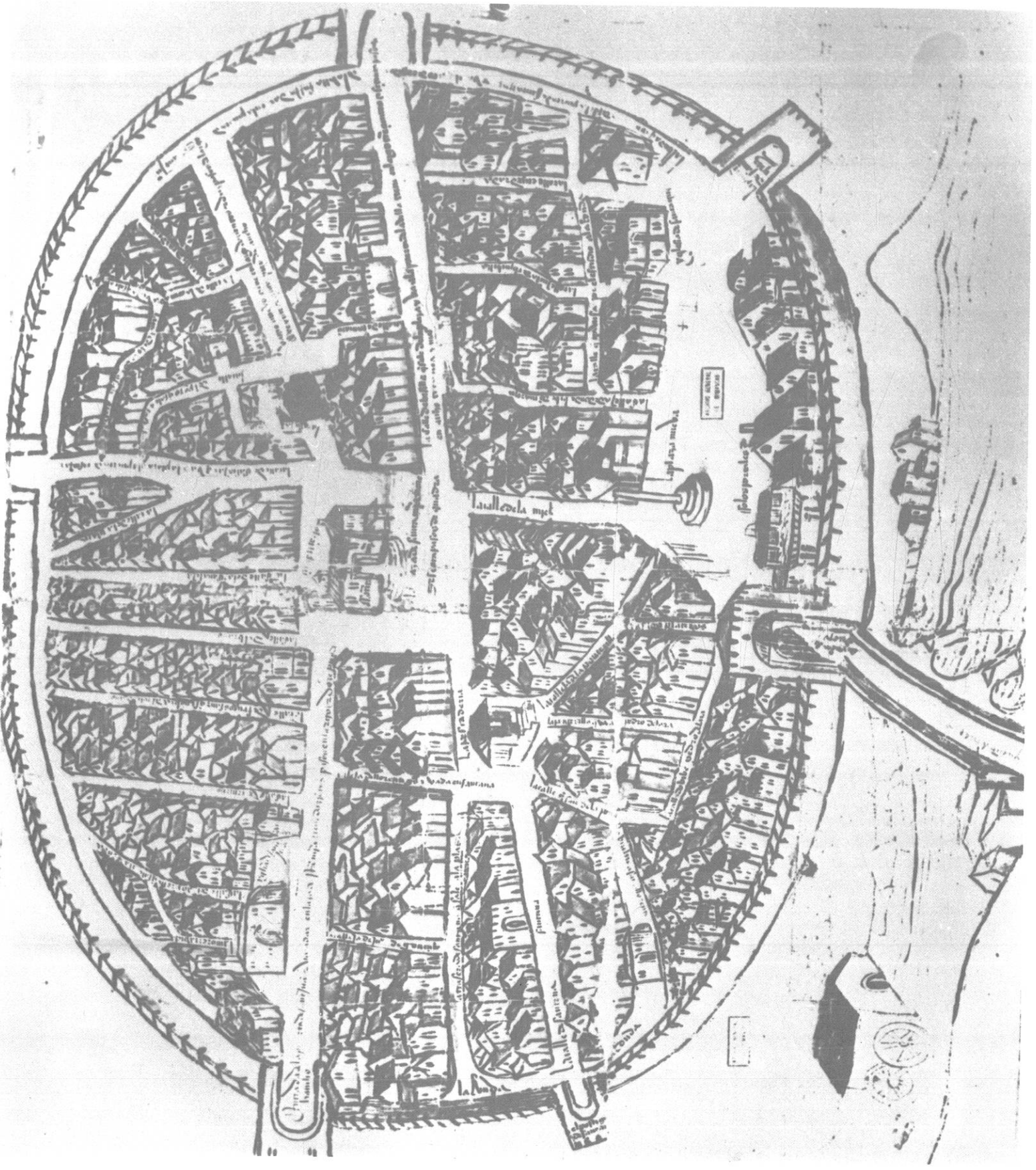


*Aranda:
Sueño y realidad*



Yago Bonet Correa



Aranda de Duero en el siglo XVI (1503). Dibujo en perspectiva conservado en el archivo de Simancas

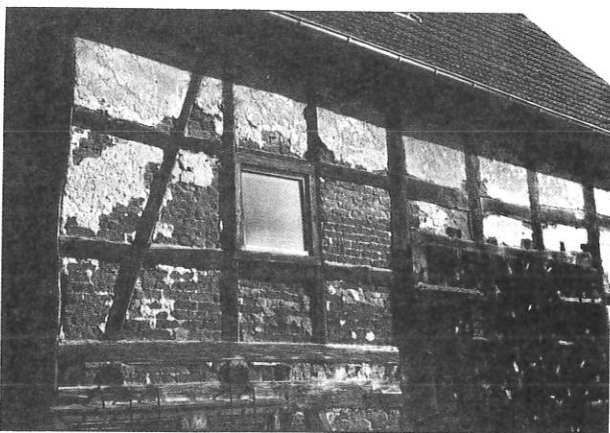
E

L viajero que atraviesa de punta a punta el mar de trigales de la vieja Castilla, cuando llega a Aranda puede respirar profundamente, puesto que ya tiene recorrido la mitad de su periplo, y es que esta ciudad a las orillas del río Duero ha sido siempre desde la Edad Media una cabeza de puente en la encrucijada de los caminos, un nexo de unión entre el poniente y el occidente de la península, entre el aqueude y el allende Duero, un punto de defensa obligado como lo fueron Zamora, Toro, Tordesillas, Peñafiel, Roa, Soria, etc.

Para el viajero ilustrado, además de la fama de sus vinos y sus asados y de sus monumentos máximos de Santa María y San Juan, Aranda es aquella villa que corresponde a la descripción de ciudad o burgo que Alfonso X estableció en el código de Las Siete Partidas. Su plano dibujado en perspectiva en los primeros años del siglo XVI y que se conserva en el archivo de Simancas, es una de las más antiguas iconografías urbanas de España.

Todavía hoy en Aranda se reconoce en los límites del casco antiguo ese anillo que en su día fue amurallado y que la definía como esa ciudad fortificada medieval, perfectamente enclavada al borde del río Duero entre, el Bañuelos y el Arandilla que le servían de fosos naturales.

De esos tiempos, además de los monumentos religiosos, se conservan restos, algunos sorprendentes, como lo son las bodegas, esa ciudad subterránea análoga a la que aparece en el cuento del Nigromante de Toledo que nos narra el Infante don Juan Manuel, nieto del rey sabio. A través de innumerables peldaños, se descende a un paraíso misterioso de grato frescor, en



Alsfeld (Alemania). Entramado de madera antes de la restauración



Alsfeld después de la restauración

el que la imaginación, junto con los caldos generosos, puede tejer un sinfín de historias fantásticas y apasionadas.

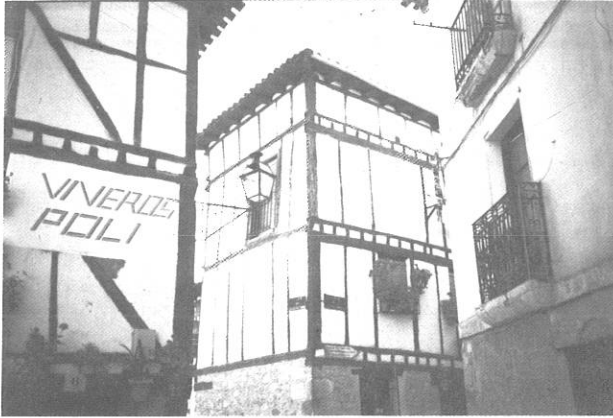
Sin embargo, el viajero que llega ahora al altzano de la Virgen de las Viñas, ya no reconoce esa imagen nítida que antes la definía de una manera inequívoca, sino que lo que se le ofrece a la vista, es un abigarrado montón de bloques como si fuera la periferia de cualquier ciudad sin nombre.

Aranda no está más mancillada que la mayoría de las ciudades españolas, pero también es cierto que tiene un territorio con un entorno excepcional y que en su expansión ha perdido más de una ocasión de ser una bella ciudad moderna a la par de poder conservar su identidad histórica. En los treinta últimos años, le faltó la conciencia urbana, algo que sin duda tuvo en sus tiempos de burgo medieval, y que es necesario recuperar tal y como comienza de nuevo a sentirse.

Para devolver la belleza a Aranda hay que comprenderla y después mimarla. Una ciudad así maltratada es como una doncella forzada que tiene que olvidar el mal momento a fuerza de un cariño desinteresado. Y nada mejor para ello, como dice el famoso arquitecto italiano Aldo Rossi, que imaginarla de nuevo, es decir, construir una ciudad soñada en la mente colectiva de sus ciudadanos.

Si fuésemos capaces de pasear y ver esa Aranda soñada pero posible, todas nuestras acciones y esfuerzos estarían encaminados a hacerla una realidad. No es difícil.

Aún recuerdo aquella calurosa tarde de verano a la hora de la siesta, en una tertulia en una profunda bodega de la calle Isilla. Cuando salimos al atardecer, todavía se sentía el calor que



Covarrubias. Construcción de entramados de madera de origen visigótico

irradiaban las paredes de las casas. Comenzamos a caminar hasta llegar a orillas del Duero penetrando en el frescor de un inmenso parque que jalonaba las riberas de los tres ríos. Las copas de los árboles dibujaban en el cielo aquel emplazamiento excepcional que dio su origen a la villa. Tuve entonces la sensación de que los arandinos habían por fin despertado y comprendían con amor a su ciudad. Con ese parque habían erigido el mejor monumento a los antecesores que la habían fundado, justo en el lugar que dio la razón de su existencia, al mismo tiempo que legaban a las generaciones venideras un gran pulmón verde en la futura gran ciudad. Pero mi sorpresa fue todavía mayor cuando al final del parque me encontré en un barrio cuyo diseño y unidad me recordaban a las «siedlungs» alemanas. Por la racionalidad constructiva de sus bloques parecía hallarme en la Römerstadt de Frankfurt, pero en cambio la frondosidad de su naturaleza me trasladaba con facilidad hasta la «Oukel Tom's Hutte» de Berlín-Zehlendorf. En seguida, me di cuenta de que no me encontraba en Alemania. Allí estaba la inconfundible ribera del Duero que se encargaba de recordármelo.

Mi sorpresa fue en aumento cuando penetré en el interior del casco antiguo. El bullicio de siempre continuaba y la vitalidad y alegría de sus moradores era mucho más intensa; sin embargo, las callejuelas marginadas habían desaparecido. Restauradas y pintadas las viejas casas, uno tenía la sensación de pasear por muchas de esas poblaciones europeas de tanto sabor turístico: Delft en Holanda o Alsfeld en Alemania.

El entorno de la iglesia de Santa María y de San Juan se había convertido en una zona urbana ejemplar. Ahora sus viejos edificios restaurados convivían con otros nuevos, alzándose armónicos y respetuosos con el lugar. Aquellas burdas imitaciones del llamado «tipo castellano» que a leguas se veían como monedas falsas, con sus gruesos balcones de toscas carpinterías, que nunca tuvo la casa castellana, habían desaparecido y eran sustituidas por una arquitectura sensible que había comprendido la fuerza de los aleros y balcones, las proporciones de los huecos de las ventanas y su ritmo compositivo, integrándose en el lugar con perfecta naturalidad. Su mensaje estaba claro: haciendo arquitectura de hoy, eran hijas de Aranda.

La siesta había sido larga y, al despertar, la realidad era otra. Sin embargo, mi sueño no era utópico. Basta darse un paseo con los ojos bien abiertos para darse en seguida cuenta de que la situación no ha llegado a ser irreversible. Esta ciudad ribereña, a pesar de los destrozos sufridos, todavía tiene físicamente la capacidad de regenerarse, pues dispone de una cantidad de elementos urbanos con una gran potencialidad de futuro. Sólo depende de cómo sepan o quieran soñar los arandinos, y eso es una esperanza aún no perdida.

Recuperar un centro histórico es algo delicado, pero posible. Delicado, por el hecho de que las acciones urbanísticas y arquitectónicas han de partir de programas que estudien en profundidad y detalle la realidad urbana concreta y, sobre todo, que respeten las características esenciales tanto a nivel tipológico como morfológico del lugar, así como la finura del diseño.



Peñaranda de Duero

Hay edificios que es necesario conservar y, por tanto, restaurar; otros, que con una intervención más libre se les podría mantener en parte dotándoles de una nueva vitalidad; y, por último, otros, que podrían ser sustituidos de un modo claro y coherente de acuerdo con una calidad formal y conceptual que les haga dignos continuadores de la trama urbana. Existen ejemplos y métodos para ello, sólo es cuestión de cultura y voluntad.

La hermosa ciudad italiana de Bologna o más pequeñas como la ya citada de Alsfeld muestran la posibilidad de actuar dignamente y con gran rentabilidad. La recuperación de Alsfeld no ha sido un sueño, sino una realidad planificada económicamente, un burgo medieval del mismo tamaño y contemporáneo de Aranda. Incluso, los sistemas constructivos tradicionales de ambas ciudades son los mismos: el entramado de madera característico de los pueblos germánicos, llega a nuestra península con los visigodos en el

siglo V, teniendo una fuerte permanencia antropológica en la arquitectura doméstica, que ha dejado una huella profunda en muchos pueblos castellanos, como Covarrubias o Peñaranda de Duero, además de monumentos singulares y únicos, como lo es la iglesia de Quintanilla de las Viñas.

La misma palabra Burgos, burgo o ciudad fortificada, es de origen alemán, lo mismo que lo fueron los arquitectos de la familia Colonia, que construyeron los monumentos góticos más importantes de esta provincia. Estamos mucho más próximos al corazón de Europa de lo que suponemos.

Es necesario que Aranda tome conciencia de su valía y, como municipio de Europa, se ponga a la altura que merece. Para ello es preciso recuperar su memoria urbana, soñar colectivamente, como pasos previos a todo proyecto de remodelación de la ciudad para el futuro, y Aranda tiene mucho futuro.

Casa en Aranda. Un ejemplo a salvar



